

HABRÁ MUERTOS

Niccolo Famiglietti

Mi primera noche en Cajamarca, antes de que el pulsante corear del lema “Agua sí, mina no” quedara grabado para siempre en mi memoria, salí de mi hotel para pasear por la Plaza de Armas. Me paraba de vez en cuando para orientarme. De espaldas a la catedral, eché una mirada a través de la plaza. Figuras humanas a contraluz, demasiadas para esa hora de la noche, se desplazaban bajo la suave luz amarillenta que iluminaba la escena. Algo sucedía. Me acerqué para investigar. Hasta aquel momento, mi propósito había sido seguir la ruta de los conquistadores mientras escribía un libro sobre la invasión y globalización de Sudamérica. Cajamarca era una parada importante. Fue aquí en 1532 que una banda de desarrapados aventureros españoles capturó al emperador Atahualpa después de haber aniquilado a su séquito de seis mil integrantes en una masacre que duró escasos minutos. Atahualpa, para salvar la vida, pagó un rescate de rey, colmando un cuarto hasta donde pudo estirar el brazo, dos veces con plata y una con oro. Los invasores faltaron a la palabra. Después de convertir a Atahualpa al cristianismo lo estrangularon mediante el garrote vil.

Luego de haber atravesado la plaza, me paré ante la puerta de hierro forjado de La Iglesia de la Recoleta. A la derecha, en la oscuridad, pude vislumbrar tiendas de campaña, refugio para universitarios en huelga de hambre. A la izquierda, las últimas brasas de las fogatas se extinguían. Figuras sombrías, bien abrigadas contra el frío, buscaban un lugar más o menos cómodo entre los desnudos colchones desplegados sobre las lajas del atrio de la iglesia. Todo esto se atisbaba a través de un bosque de pancartas fijadas a las verjas con pegamento, alambre o cinta adhesiva. Leí lo que estaba escrito: denuncias virulentas contra un presidente traicionero, listas de personas no gratas, apoyo para los ganaderos lecheros: *¡AGUA Y QUESO SÍ! ¡ORO NO!* Por encima de todo, alzado y extendido por una fría brisa nocturna ondeaba un banderín. Sobre franjas blancas y rojas representando la bandera nacional del Perú estaban pintadas tres palabras, la declaración de guerra de los cajamarquinos: *¡CONGA NO VA!*

Conga es la ampliación que se propone a la mina Yanacocha, la segunda mina aurífera después de la Grasberg en la Provincia de Papúa, en el extremo este de Indonesia. Para comprender la oposición apasionada a Conga en Cajamarca,

hay que saber algo sobre Yanacocha, en operación desde 1993. El vasto complejo de minas a cielo abierto que es Minera Yanacocha se sitúa entre 3400 y 4120 metros sobre el nivel del mar. La minera es dueña de un segmento cada vez mayor de la Jalca peruana, una zona alto andina intermedia entre la Cordillera Nevada y los bosques en altitudes más bajas. Marcada por solitarios afloramientos rocosos, lagunas, bofedales, ríos caudalosos e innumerables manantiales y arroyos, la Jalca ha albergado culturas pastoriles durante el transcurso de tres mil años. Las operaciones mineras de Yanacocha, ubicadas en el corazón de la Jalca cajamarquina a la cabecera de dos ríos, han despojado miles de hectáreas de esta zona ecológicamente vulnerable y de suma importancia hidrológica.

Dentro de esta profunda llaga en la superficie de la tierra, claramente visible desde el espacio, labora maciza maquinaria pesada: perforadoras fabricadas por Ingersoll-Rand y Atlas Copco, cargadoras sobre ruedas, camiones de 85 toneladas y apiladores. Esta maquinaria desplaza 600,000 toneladas de tierra a diario. Se demuelen picos de montaña para obtener las 30 toneladas de mineral requeridas para cada onza de oro realizada. Y cada año, la mina consume 17 millones de metros cúbicos de agua, suficiente para satisfacer la demanda anual de la ciudad de Cajamarca dos veces. El agua entrega una solución diluida de cianuro de potasio a las canchas de lixiviación mediante un sistema de riego por goteo y por aspersión. Con el tiempo la solución de cianuro separa las partículas microscópicas de oro de la roca mecánicamente triturada y apilada en pirámides al fondo de gigantescos huecos escalonados. Solución rica, terminología minera para el agua que lleva oro químicamente separado de la roca mineralizada, se traslada de las canchas de lixiviación a las represas de colección. Opaco, mate y siniestro, este líquido muerto, cargado de químicos, no refleja los rayos solares sino los absorbe. Y en alguna parte a lo largo del proceso se gotea de las plataformas o las represas y contamina el abastecimiento hídrico. Así aseveran los campesinos que dicen que los peces han desaparecido, sus animales de granja pierden los dientes y sus niños se enferman.

La minera Newmont Mining Corporation de Denver, Colorado, siendo el socio mayoritario, pudiera decir que los



animales beben agua Clase III, o sea agua tratada después de haber sido utilizada para extraer el oro del mineral. Agua Clase III contiene demasiado cianuro residual para ser potable. Cabras, ovejas y vacas no preguntan por la clasificación del agua antes de beberla, tampoco los campesinos que han trabajado estas tierras por generaciones incontables. Y de nada les serviría preguntar sobre el tema. Reinhard Seifert, un ingeniero ambiental sobre quien aprendería mucho más posteriormente, declaró en una entrevista publicada en mayo de 2012 que ya no hay agua de primera o segunda clase en ningún lado cercano a la mina.

Antes de la llegada de Newmont y su socio peruano Buenaventura, los campesinos recogían agua de los manantiales y los riachuelos en el hueco de sus manos. Ya no es así puesto que las fuentes naturales de agua han desaparecido junto con las montañas que les daban vida. Hoy el agua llega a los campesinos a través de una red de tubos de plástico negro. Bombeada de acuíferos al pedregoso lecho seco de lo que era el Río Grande, el agua subterránea fluye a El Milagro, la planta potabilizadora, donde recibe un tratamiento secundario. La situación hídrica en Cajamarca, pese al nombre altisonante de la planta de tratamiento, dista mucho de ser milagrosa. Algunas partes de la ciudad sólo reciben dos horas de agua al día. Varios análisis del agua cajamarquina han detectado niveles de metales pesados por encima de lo permisible.

Los que trabajan la tierra, los agricultores y ganaderos, lo pasan peor. Desaparecidas las fuentes naturales de agua,

sus canales de riego secos dependen también de agua bombeada de la mina. El agua que les llega no se somete a un tratamiento secundario y llevan años diciendo que está altamente contaminada. Sus quejas fueron confirmadas por primera vez ocho años después de la inauguración de la mina por una auditoría interna. Hasta entonces, la minera siempre había insistido que operaba según los estándares vigentes en Estados Unidos. Sus afirmaciones fueron desmentidas cuando se encontraron 20 violaciones lo bastante serias para justificar procesos jurídicos y encarcelamiento para los culpables. Lawrence T. Kurlander, la fuerza motriz tras la auditoría, sugirió una reducción en bonificaciones para todos los altos ejecutivos, él mismo entre ellos. Los altos cargos, salvo en algunos casos puramente simbólicos, no actuaron al respecto.

Dos años después, Ingetec S. A., una empresa de ingeniería basada en Bogotá, Colombia, llevó a cabo la única auditoría independiente de Minera Yanacocha que se ha realizado hasta la fecha. Entre otros problemas se destacó el siguiente: “La vulnerabilidad del sistema de impermeabilización (de las canchas de lixiviación) ha sido demostrada por la detección de algunos casos de contenidos de cianuro relativamente altos en las aguas descargadas por los subdrenajes”. En ausencia de auditorías independientes acerca de la gestión ambiental de Minera Yanacocha desde aquella fecha, numerosos análisis de agua y múltiples incidentes de mortandad masiva de peces hablan por sí solos. Miles de peces putrefactos flotando panza arriba en aguas acidificadas confirman que los campesinos tienen razón.

Como es de esperar, la página web oficial de Minera Yanacocha presenta un retrato bastante más positivo de la minería en los Andes. Tres imágenes surgen al abrirse la página. La primera muestra a un rebaño de alpacas reunido detrás de una cerca de alambre que construye un trabajador en traje protector color naranja. La leyenda bajo la imagen dice: “Minería que respeta el medio ambiente”. La segunda muestra a un granjero sonriente que riega sus cultivos. La leyenda aquí explica que Yanacocha quiere ser un participante importante en el desarrollo de las comunidades locales. La tercera muestra una ciclópea máquina para desplazamiento de tierras. En el fondo hay una represa de colección color azul mate y un empleado sonriente. “La eficacia y seguridad de nuestros procesos son nuestra prioridad número uno.” La página no menciona las aguas ácidas que provocan la muerte repentina de miles de truchas. Dedicada una sola frase a la geomembrana que cubre el fondo de las represas. Destinada a prevenir que el cianuro y otros químicos tóxicos se filtren al suelo y a los acuíferos, no se puede descartar la posibilidad de que la geomembrana se rompa y gotee. No hace alusión alguna al aumento de la pobreza cajamarquina. Antes de la llegada de la mina, Cajamarca era el cuarto departamento más pobre del Perú, ahora es el segundo. Y desde luego, en ninguna parte de la página se menciona Choropampa.

Choropampa, un pueblo andino de cerca de 3500 habitantes, se ubica a 137 kilómetros al suroeste de Yanacocha en zona cálida. En junio de 2000, apenas seis meses después de que elevados niveles de arsénico hubiesen acabado con 12,000 truchas en la piscifactoría de la Granja Porcón, un camión contratado por Yanacocha derramó 151 kilogramos de mercurio a lo largo de una carretera que discurre por Choropampa y otros dos pueblos. Mercurio es un inevitable producto secundario de la cianuración del oro. Los pobladores, según algunos informes, creyendo que el metal líquido contenía oro residual, se precipitaron de sus casas con baldes de plástico a la mano. Después hirvieron el mercurio, llenando sus casas con los vapores de una de las sustancias más tóxicas de la tierra. Otras fuentes dicen que los conductores ofrecieron dinero a cambio de ayuda para limpiar el derrame. Fuera como fuese, no se utilizó equipo protector. Los campesinos fueron expuestos de manera directa al mercurio. Las consecuencias no tardaron en manifestarse. Erupciones cutáneas, jaquecas y hemorragias nasales fueron los primeros síntomas, seguidos por la pérdida de pelo. La ceguera afligió a los menos afortunados. Con el tiempo algunos mostraron síntomas de leucemia, algunos cayeron en coma, mientras otros se vieron paralizados.

Lima se apresuró a controlar los daños políticos. María Luisa Cuculiza, la Ministra de la Mujer bajo Alberto K. Fujimori, llegó a Choropampa y exhortó a los pobladores a

¡Cosa maravillosa es el oro! Quien tiene oro es dueño y señor de cuanto apetece. Con oro, hasta se hacen entrar las almas en el paraíso. Cristóbal Colón (1503)

que renunciaran a la idea de demandar a Newmont. Su declaración fue apasionada e inequívoca. El mejor amigo del pueblo no era un despacho de abogados en Los Ángeles o Nueva York, sino Alberto Fujimori en Lima, su presidente. “La persona encargada de vigilar que todo se lleve bien a cabo soy yo. Por encargo del presidente. Me ha dicho: ‘ministra, dígalas a los pobladores de Choropampa que yo, personalmente, me voy a encargar de que nadie quede enfermo en este lugar’. Yo no les miento, es difícil que una mujer mienta. Y me moriría de vergüenza de estar hablando tonterías.”

Tres meses más tarde Fujimori estaba en el exilio en Japón, donde buscaba refugio después de haber sido acusado de corrupción y abuso de derechos humanos. La emisión por televisión de los infames Vladivideos y Vladiaudios, coleccionados por Vladimiro Montesinos, jefe del Servicio de Inteligencia Nacional del Perú, había provocado su fuga. Montesinos, conocido por la inteligencia militar del ejército de Estados Unidos bajo numerosos apodos, incluyendo Rasputín, Darth Vader, Torquemada y Cardenal Richelieu, hoy en día está encarcelado en el penal de máxima seguridad de la Base Naval de Callao. Un video que él mismo grabó mientras sobornaba a un congresista ayudó a ponerlo entre rejas. Todavía enfrenta juicios por narcotráfico, enriquecimiento ilícito y asesinato mientras cumple una condena de 20 años por haber vendido armas a las FARC. Su antiguo jefe, Fujimori, purga una condena de 25 años por haber ordenado personalmente secuestros y asesinatos.

Las promesas de defender al pueblo y sus intereses eran vacías cuando se hicieron y resultaron aún más vacías cuando las personas que las hicieron fueron condenadas a una pena esencialmente vitalicia. Los cajamarquinos tendrían que enfrentar solos la próxima amenaza a su agua, la fuente de su vida, y triunfarían. En 2004, cuatro años después de Choropampa, miles de personas chocaron con la policía en protesta contra los planes de desarrollar Cerro Quilish, situado a seis kilómetros del yacimiento Yanacocha. Confrontado con la vehemente oposición a la profanación de un lugar sagrado ubicado a la cabecera del abastecimiento hídrico de la ciudad de Cajamarca, Minera Yanacocha tiró la toalla.

Entretanto, el sufrimiento de Choropampa continuaba. Lot Saavedra era alcalde cuando sucedió el derrame de

Cajamarca, Perú, en el invierno andino de 2012 estaba en pie de guerra, una guerra para salvar lo que le quedaba de su agua

mercurio. Más tarde fue detenido por dirigir una marcha de protesta pacífica en Lima para exigir reparaciones por las injusticias infligidas a los pobladores de Choropampa. Eso fue en 2007, el mismo año en que Newmont Mining formó parte por primera vez del Índice Mundial de Desarrollo Sustentable Dow Jones (Dow Jones Sustainability World Index). Para entonces, la lucha por reparaciones llevaba ya siete años. Muchas víctimas habían fallecido y poco había sido hecho para reparar las injusticias. Con lágrimas en los ojos, el ex-alcalde, todavía joven a los 35 años, se enfrentó a un bien armado contingente policial enviado a poner fin a la manifestación. Fue detenido por provocar disturbios civiles, condenado a tres años (suspendidos) de cárcel y multado.

Al año siguiente, Vicente Zárate Minchán, que siguió como alcalde a Saavedra, murió a los 34 años después de haber recibido un diagnóstico del síndrome Guillain-Barre, un trastorno auto inmunológico que no se puede atribuir al mercurio. Sin embargo, Zárate Minchán también sufría horriblemente de parestesia crónica, o sea adormecimiento y hormigueo de las extremidades, síntomas inequívocos de un sistema nervioso dañado. La parestesia está ligada al envenenamiento por mercurio. En cuanto a los choropampinos, algunos recibieron sumas irrisorias; otros, más difíciles de acallar, fueron amenazados con graves consecuencias si se llevara a cabo el litigio que preparaban abogados en los Estados Unidos.

Unos años más tarde, Minera Yanacocha propuso el Proyecto Conga. Yanacocha pronostica un rendimiento de casi 12 millones de onzas de oro y 1,5 millones de toneladas de cobre durante la vida útil proyectada de Conga, poco más o menos 17 años. Con una inversión inicial de 4,8 mil millones de dólares, Conga sería aún más grande que Yanacocha. En juego están cuatro lagunas alto andinas. Se plantea drenar dos de las lagunas para tener acceso al mineral que se encuentra por debajo del agua. Las otras, una vez desaguadas, servirían de vertederos para relaves. Los vertederos proyectados se extenderían sobre una distancia de casi seis kilómetros. Relaves de la minería de oro no son simplemente mineral procesado y desprovisto de su contenido de metal precioso, sino una sopa tóxica de roca pulverizada y agua en la cual abundan metales pesados y compuestos químicos, sobretodo el cianuro, pero también el arsénico, el plomo, el cromo, el cadmio, el ácido sulfúrico y el mercurio. Relaves vertidos cuando las represas que los contienen se rompen o se desbordan bajo lluvias abundantes dan muerte instantánea a todo lo que vive por todo su recorrido. La fúnebre letanía de derrames de relaves tóxicos al nivel mundial es larguísima. Desde los años 60 cuando empezaron a documentarse, se han registrado más de cien casos. Una revisión de los derrames acaecidos en la última mitad de siglo revela que muchos fueron desencadenados por

terremotos. La sierra norte del Perú, tal como el resto de la Cordillera Andina, es volcánicamente activa. Terremotos en esa región son un hecho de la vida.

Así fue que me encontraba en la ciudad donde Atahualpa fue convertido al cristianismo y luego ejecutado por hombres blancos enloquecidos por el oro, misma región donde el mercurio había envenenado a cientos de personas, donde los peces ya no nadaban en los arroyos, donde los mismos arroyos habían dejado de existir, donde Minera Yanacocha había sufrido un revés en 2004 en Cerro Quilish, y donde ya tenía planeado un nuevo asalto a la tierra y al agua con la proyectada ampliación Conga. Hacía tiempo que el pueblo estaba más que harto y dispuesto a pelear de nuevo. Así era la situación cuando llegué a Cajamarca en junio de 2012. Durante mis tres semanas y media en el lugar, presencié manifestaciones diarias, deliberadamente diseñadas para bloquear el tráfico. Las manifestaciones eran tan frecuentes y perturbadoras que era posible respirar el aire en el centro de la ciudad, algo inaudito en casi cualquier centro poblacional del país. Por la tarde y por la noche, miles de personas se reunían alrededor de una tarima instalada justo al lado de las puertas de La Recoleta para corear, cantar, y escuchar a orador tras orador denunciar a representantes del gobierno, sobre todo al presidente Ollanta Humala Tasso, considerado por muchos el más vil de los traidores. Sólo unos meses antes apareció en una tarima semejante, vestido con el poncho y el sombrero cajamarquinos, símbolos sartoriales del norte del Perú, y juró que el agua siempre sería más importante que el oro.

Desde entonces, Humala ha cambiado de postura. Durante el tiempo en el cual ha sido presidente, la represión policial se ha vuelto cada vez más violenta y mortífera. Pese a la decidida oposición popular a Conga, el presidente insiste que el proyecto irá para adelante mientras se niega contundentemente a reunirse con líderes locales como Gregorio Santos, el presidente del Departamento Cajamarca y opositor confirmado a la extensión Conga. Tacha a Santos y a otros semejantes de charlatanes que intentan posicionarse ventajosamente para las elecciones que tendrán lugar después del quinquenio de Humala. Los partidarios de Humala tachan a los indignados de borrachos e ilusos que son fácilmente manipulados por fuerzas que no pueden entender. Sin embargo, una encuesta realizada por "Ipsos Apoyo" indicó que en agosto de 2012, 78% de los cajamarquinos se oponían al proyecto, 15% lo apoyaban, y



7% no tenían opinión o se negaron a comentar. Fuera de Cajamarca, o sea en esas áreas directamente afectadas por la expansión de operaciones, 83% no querían nada que ver con Conga, lo cual quiere decir que o Cajamarca se ve poblada en su inmensa mayoría por borrachos y tontos o hay verdadera oposición a la mina.

Descubrí que la segunda de las suposiciones era la correcta cuando una mañana entré en el campamento improvisado de los indignados en el atrio de La Iglesia de la Recoleta. Humo de leña subía desde los calderos a medida que las mujeres removían la sopa y los hombres recortaban troncos para el fuego. Sabiendo que provocaría sospechas y desconfianza al intentar entrar con una cámara, oculté la mía e ingresé. En seguida el encargado de la seguridad se me acercó y preguntó que quería. El viejo campesino, sin un solo diente en el lado izquierdo de su cara, frunció los labios, echó un vistazo al suelo, y finalmente agitó la mano para indicar que podía entrar. Me acerqué a los calderos humeantes. Otra vez, curiosidad, desconfianza: ¿Quién era yo y que quería?

—Soy extranjero. Quisiera saber más sobre lo que sucede aquí en Cajamarca.

La explicación no se hizo esperar. Mis informantes eran cuatro campesinas que habían venido del campo para expresar sus demandas y hacer todo lo posible para avanzar la causa. Wilma, empujando para atrás una melena gruesa de pelo marrón perfumado de humo de leña, con sus dedos delgados temblando ligeramente por el frío matinal, dio un paso adelante. Como líder del grupo, ella explicaba. Sus compañeras aprobaban sus afirmaciones

con la cabeza. Elocuente y sumamente comprometida, Wilma hablaba poéticamente de su relación con el mundo natural. Se le endureció el tono al lamentar la desaparición de las ranas, los sapos, y los peces. Mientras hablaba, una indígena que traía un sombrero de paja toquilla me ofreció un cuenco de la sopa del día. Lo típico: papas y fideos flotando en agua mezclada con leche en polvo, la comida corriente de los pobres rurales. No era exactamente de mi gusto, pero nadie debe rechazar hospitalidad entre personas que no confían en nadie. Humo de leña se arremolinaba alrededor de mí mientras movía la cuchara por la blancura flotando en el cuenco. Ponía mi mira en las papas. Wilma, mientras tanto, explicaba.

—¿Sabe cuánto tiempo hemos estado aquí? Desde marzo.
—Estábamos ya en junio.

—Desde marzo estamos aquí frente a la iglesia y no vamos a ninguna parte hasta que cancelen a Conga. ¡No, señor! No nos moverán. Nos envenenan el agua. La toman toda para luego reenviárnosla llena de basura. A nuestros animalitos se les caen los dientes. Nuestros niños están enfermos. ¿Y el agua contaminada? ¿A dónde va? Sigue las leyes de la naturaleza y fluye con el tiempo a los arroyos y los ríos, y luego por la vertiente oriental y la occidental de nuestros bien queridos Andes para acabar en los océanos. —Dejó de hablar un momento para recuperar aliento—. ¿Y sabe usted cómo nos tratan? Vea aquí el tratamiento que recibimos de ellos. Metió una mano en el bolsillo de su suéter de lana pesada y retiró un fajo de papeles. El dibujo primitivo mostraba a un matón en uniforme que pateaba los calderos. La sopa se derramaba por toda la página.



—¡Ja! —Wilma continuó—. Lea aquí: —Señaló la parte más alta de la página. Trazando la leyenda con sus dedos leyó en voz alta—: Se buscan pateaoallas en el VRAE. (VRAE es el acrónimo para el Valle del Río Apurímac y Ene, conocido como la base de operaciones para *Sendero luminoso*.) Excelente salario y beneficios. ¡Ja! Saben muy bien cómo tratar a estos criminales en el VRAE. ¡No volverán!

Su sentido de humor, su elocuencia, su compromiso ardiente, estaba claro. Wilma no era ni borracha ni tonta. ¡No, señor! Tampoco lo es el ex sacerdote Marco Arana Zegarra, quien fue detenido al hallarse sentado en un banco en la Plaza de Armas con un letrero de protesta colgado de su cuello. Se lo llevaron a la cárcel y lo golpeaban mientras los propietarios estadounidenses de Newmont celebraban el cuatro de julio, su día nacional de independencia. Esto sucedió un par de días después de mi partida de Cajamarca.

Dado que es uno de los líderes más destacados del movimiento, el padre Marco Arana siempre corre peligro, lo cual es de esperar ya que le cuesta callarse ante tanta injusticia. Empezó muy temprano en su carrera de sacerdote a complicarles la vida a sus superiores. Por lo tanto, fue enviado a Roma por su obispo para calmarse. Se suponía que iba a quedarse allí siete años, pero volvió después de pasar sólo dos. Sabía dónde debía estar. En Roma, contemplaba las doradas techumbres artesonadas de la Basílica Papal de Santa María la Mayor, viendo así lo que según las leyendas era oro peruano, robado de las Américas y regalado al papa español Alejandro VI por los Reyes Católicos Fernando e Isabel. El oro que vio muy bien pudiera haber sido de las Américas pero no del Perú

que no formaba parte del imperio español hasta el reino de Carlos V. Poco le importaban los hechos históricos a Marco Arana quien añoraba su tierra natal. De vuelta en el Perú, al padre Marco le resultó imposible callarse. Poco después de la apertura de la Mina Yanacocha en 1993, estaba allí en el frente asegurando que los campesinos recibiesen un precio justo a cambio de los terrenos vendidos a la minera. Ha fundado un partido político, *Tierra y Libertad* y defiende las aguas subterráneas de la región. Y nunca traiciona sus propios ideales: “Hemos dejado de utilizar objetos de oro en nuestra parroquia. Dios no debería ser adorado con productos que han causado sufrimiento y destruido la naturaleza.” (Marco Arana). Controvertido, agitador conocido con un perfil internacional, citado en la revista estadounidense TIME, el gobierno requiere que un guardia de seguridad lo acompañe dondequiera que vaya. El guardia estaba a su lado en un día soleado en la Plaza de Armas cuando el contingente policial lo rodeó y lo arrancó por el cuello del banco donde estaba sentado y se lo llevó, manos en alto, a la comisaría. ¿La reacción de Humala en Lima?: “Hay que criticar la falta de pericia en algunas circunstancias de la policía, pero también hay que criticar las condiciones de estos pseudo líderes que tratan de victimarse y provocan a la policía con sus letreros o se sientan en la plaza de armas para que salgan en las cámaras de televisión”.

La detención de Marco Arana sucedió días después de mi partida. En cuanto a mí, me rendí después de tres semanas y media al ver que la situación se volvía cada vez más peligrosa. Ya me habían rodeado e interrogado. Esto sucedió un día mientras fotografiaba a mujeres manifestantes paradas en plena calle donde bloqueaban el

tráfico, esperando que la marcha siguiera su camino. Hasta el momento en que me di cuenta de que estaba rodeado, había tenido el ojo pegado al visor de la cámara mientras sacaba imagen tras imagen de indígenas decididas, manifestándose para que Minas Conga no se hiciera realidad. Estaba totalmente absorto en mi tarea. No me percataba de nada. De repente alguien me tiró de la manga de la camisa. Quité el ojo del visor. Me vi cercado por media docena de caras severas.

—¿Qué hace usted?

Me paralicé. Gotitas de sudor resbalaban desde mis sobacos. Me calmé lo suficiente para darme cuenta de que estaba metido en un apuro. Aferrándome a la cámara, titubeé que estaba haciendo todo lo posible para ser uno de los pocos extranjeros que grabara los acontecimientos de la guerra medioambiental cajamarquina.

—Las mujeres están alteradas —explicó el portavoz, un hombre de mediana edad con pelo entrecano—. Temen que usted pueda ser espía para la multinacional. Puede que haya repercusiones. ¿Usted ve las noticias?

Dije que sí con la cabeza. Rodeado por mis interrogadores, estaba parado tan sólo a un par de cuadras de donde unos manifestantes, enfurecidos por las emisiones pro-gubernamentales, habían atacado y quemado una furgoneta de prensa enviada desde Lima.

—Hemos visto antes a personas como usted —interrumpió una de las mujeres—. Parecen inocentes pero luego resulta que son espías. Traidores. ¿Quién lo ha enviado? ¿Por qué tantas fotos? —Honesto en extremo, les dije que no podía resistirme a los colores y la belleza de los trajes de las mujeres. Era la verdad. A pesar de su pobreza las mujeres del norte gastan sobremanera para mantener la tradición de su indumentaria regional. Pero había más, les dije. Quería que la historia de su lucha fuese conocida. Que sin saberlo tenían millones de apoyadores potenciales en el exterior. Sí, incluso en los Estados Unidos, millones de personas estarían dispuestas a apoyarlos en cuanto saliera la noticia y yo me encargaría de que esto sucediera. Empezaría por enviar fotos del paro a mis colegas universitarios. También añadí que era ecologista convencido. —Soy ecologista de nacimiento. Apoyo el paro cien por cien.

El grupo sopesaba mis respuestas, evaluaba mi sinceridad. La mujer habló de nuevo. —Que sea la verdad. Si no, esto duele—. Y me golpeó en la pierna derecha con su palo de arrear ovejas: un anticipo de las consecuencias si resultara que fuera espía. Al fin, el portavoz, evidentemente satisfecho con mis respuestas, asintió con la cabeza y emitió su veredicto: —Siga con su trabajo.

La fúnebre letanía de derrames de relaves tóxicos a nivel mundial es larguísima. Sonora, en México, los ha vivido hace unos meses con la minera Buenavista del Cobre, subsidiaria de Grupo México

¿Y los que están a favor de Conga? ¿Quiénes son el 15% que apoya el plan de Newmont de expandir sus operaciones? Son personas involucradas en la industria turística, dueños de restaurantes y otros que se ven beneficiados por dinero que viene de fuera. Son personas como Walter, hijo de un capitán de policía peruano y una misionera inglesa de Los Testigos de Jehová. Conocí a Walter durante una de mis frecuentes caminatas a Santa Apolonia. Cuando la situación en la ciudad se volvía agobiante, buscaba refugio en Santa Apolonia, en lo alto de una colina que domina la ciudad. Allí, desde una altura de tres mil metros sobre el nivel del mar, se puede contemplar Cajamarca y las montañas que la rodean. Al ponerse el sol, las nubes al norte se vuelven amarillas; las del este y del oeste varían en color entre bermellón y rojo sangre. Casi todas las tardes en el crepúsculo se puede ver a un niño peruano cerca de la enorme cruz blanca que protege el ámbito urbano cajamarquino. Al acercarse un visitante al mirador, el niño en una voz apenas perceptible ofrece: —¿Le cuento la historia?—. A cambio de una propina, te cuenta la historia de Cajamarca, del orgulloso Atahualpa y los españoles traicioneros. Unos días antes de mi partida, regresando de Santa Apolonia por última vez, me paré en la tienda de Walter en donde vende tejidos artesanales hechos por mujeres indígenas. Incluso desde allí podía oírse el ruido de la muchedumbre en la Plaza de Armas. Un orador, la voz del pueblo, gritaba su desafío en un megáfono. Gritos de “El pueblo unido jamás será vencido” penetraban el aire. Walter, consciente de mi apoyo personal al paro, siempre me había saludado con un irónico “¡Agua no, oro sí!” Esa noche no tenía tiempo para burlas. —La cosa va de mal en peor—, dijo, cuando entré en la tienda.

—¿Qué quieres decir?

—El gobierno ha aprobado la declaración sobre el impacto medioambiental. Conga va.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté.

—Habrá muertos.

Walter, que tenía los ojos húmedos por la emoción, pronunció esa frase con la certidumbre de alguien que lo

ha visto todo antes. Tenía razón. Hubo muertos. Cinco en total, cuatro en la ciudad de Celendín, a medio camino entre Cajamarca y Chachapoyas, y uno en la localidad de Bambamarca al norte de Cajamarca. Todos, incluyendo a un joven de diecisiete años, muertos por balas policiales. Pero eso sucedería días después de que yo me marchara. ¿Por qué escogí ese momento para irme de Cajamarca en vez de seguir la historia hasta su crescendo letal? Fue por un caso de identidad equivocada. Al día siguiente, al deambular por la plaza, se me acercó una mujer peruana vestida al estilo europeo.

—Usted es Reinhart Seifert, ¿no es así?

Sorprendido, tartamudeé que no tenía idea de lo que hablaba. La mujer insistió pero luego cambió de idea y se fue. Bajando de la acera, no había dado dos pasos cuando un europeo, profundamente bronceado me cayó encima gritando locamente en alemán.

—¡Arschloch! ¡Tú eres él! ¡Seifert! ¡Pagarás lo que hiciste!

Lo miré anonadado y respondí en español: —¿Pero, de quién habla?

—No te hagas el tonto, tú, hijo de puta. ¡Contesta en alemán! Es tu lengua madre. ¡Traidor!

Sí, hablo alemán, pero sabía que en ese momento era imprescindible olvidar cada palabra que supiera de ese idioma y responderle en español. Envenenando el aire con su furia, me seguía como si fuera él el león y yo la presa, a veces pisoteándome las botas mientras yo intentaba alejarme.

—Deja de fingir, huevón, y responde en alemán.

—No sé de qué habla usted.

—Maldita sea. ¡Vete a la mierda! ¡Pagarás lo que hiciste!
—gritó una vez más y se alejó.

Aliviado por su repentina ausencia, empecé a relajarme. Pero de golpe surgieron ante mis ojos las imágenes de furgonetas de prensa en llamas. “Esto va en serio. Debería hacerle entender que se equivoca”. Corrí tras él. —¡Oiga! Mire esto—. Le mostré mi licencia para conducir.

No pudo siquiera enfocar sus ojos para ver el nombre impreso en el patente. Lágrimas de rabia habían nublado su visión.

—Como quiera —gruñó. Ya te arreglarán las cuentas.

Esa noche, pregunté a Walter: —¿Quién diablos es Reinhart Seifert?

—¿Seifert? Es el tipo al que atacaron el otro día cuando salía de la iglesia. Le pegaron en la cabeza con botellas de cerveza y después empezaron a patearle el trasero. Ahí mismo enfrente de La Recoleta. Sesenta ronderos. Es lo que escriben en los periódicos. —Walter agregó que Seifert había sido presidente del Frente de Defensa Ambiental de Cajamarca, un aliado valioso en la lucha para salvar el agua cajamarquina. La opinión pública lo abandonó cuando criticó a los líderes del movimiento. Las diferencias de opinión llegaron a tal extremo que Seifert recomendó la psicoterapia para algunos de sus antiguos aliados. También cundió el chisme de que vivía en una casona suntuosa, alimentando así la sospecha de que había traicionado al movimiento. Walter, entrecerrando los ojos bajo la luz tenue de un foco que oscilaba del techo, se inclinó para escudriñarme la cara—. Ustedes se parecen, sólo que es más viejo y tiene los dientes muy gastados. Si a ti te da gusto la idea de quedarte con los tuyos, te aconsejo que te vayas lo antes posible. —Esa noche, aprendí del dueño de mi hotel que la última vez que las cosas llegaron a esas alturas la ciudad permaneció cerrada 11 días. No entraba comida ni agua hasta que Humala declaró un estado de emergencia y la policía federal abrió a la fuerza las carreteras a Cajamarca. Tenía que irme.

En las semanas que siguieron a mi partida, Ollanta Humala condenó la marcha de mujeres embarazadas que se oponían a Conga, categóricamente se negó a viajar a Cajamarca para hablar de la situación con Gregorio Santos, presidente regional, y condenó el uso de eslóganes políticos en los fétetros que los indignados cargaban por las calles de Celendín. Reinhart Seifert leyó una declaración en la que echó la culpa a Gregorio Santos y al presidente de Patria Roja por la paliza que había sufrido a manos de los ronderos. Dijo que les salió el tiro por la culata pues tales incidentes sólo sirven para que la represión dirigida desde Lima sea aún más brutal. Marco Arana salió de la cárcel al día siguiente y reanudó la lucha. Los Cajamarquinos ganaron una batalla en esta guerra sin fin. En agosto de 2012, el gobierno peruano anunció que el proyecto Conga quedaría suspendido hasta que Newmont pudiera garantizar la observación estricta de las nuevas regulaciones medioambientales. Newmont Mining Corporation ha vuelto a hacer de las suyas y pronostica que la explotación de Cerro Quilish, donde los indignados le cerraron las operaciones en 2004, estará en pleno auge para el 2016. ■

Niccolo Famiglietti (EEUU, 1951). Estadounidense. Tras licenciarse en literatura inglesa, confirmó su interés en la literatura al completar dos maestrías: una en literatura española/hispanoamericana y otra en literatura rusa. Más tarde cambió de rumbo académico y obtuvo el doctorado en psicología. Su tesis doctoral versó sobre la teoría del apego y los trastornos de personalidad. Luego dejó la docencia universitaria para seguir otros intereses y ahora se dedica a la escritura y la fotografía. Reside actualmente en San Miguel de Allende, México.